

La casa oscura

Cuento

Gloria Esmeralda González Herrera *

Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), Colombia

Para citar este artículo:
González Hernández, G.
E. (2024). La casa oscura.
Espacio Sociológico, (6),
108-112.

Durante el día, la luz del sol y el bullicio de los carros hace que la casa se haga invisible, detenida en el tiempo, siempre revuelta y en construcción. Imperturbable, oscura, sórdida, en movimiento, pero invariable. La magia también vive en ella, en forma de humo de tabaco con olor a mujer y luz de vela. Quienes la habitan, creen que se resguardan en ella de las crueldades del mundo, pero realmente la casa no les sirve, ellos son sus sirvientes. La defienden y la alimentan a cambio de refugio. Su corazón se encuentra en sus cimientos en forma de fuego eterno, debajo de la tierra del jardín, donde el orégano, la salvia, la sábila, el matarratón y demás plantas medicinales entristecen, cuando es necesario alimentarla o florecen y retoñan, cuando está en confort. La casa con puertas siempre abiertas, siembra la confianza en el corazón y la mente de aquellos que transitan en ella, los atrae a su voluntad, al mostrar objetos atractivos, que rememoran momentos ya olvidados y que los transportan al origen y la simplicidad de sus vidas. Así, se sienten aceptados tal y como son. A otros, para atraerlos, les ofrece objetos que rememoran la visión malvada del mundo, en que los poderosos tuercen el camino de los débiles por simple capricho o vanidad.

Cuentan que las personas que transitan por esta casa, con puertas siempre abiertas, llegan de manera intuitiva, a través del camino marcado por sus inquietudes y necesidades de acceder al mundo de los espíritus. En aquel mundo no existe el tiempo, pero sí los hilos para mover y dominar este plano material. Por ello, las personas necesitadas de sus servicios acuden con devoción, a pedirles que con sus poderes los liberen de esa pesada carga recibida de este mundo material, lleno de incomprensión, injusticia, desamor y pobreza. En medio del humo del tabaco y esperando respuestas

* Estudiante de Sociología de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia. CEAD Barrancabermeja, Santander.

Correo electrónico: gegonzalezh@unavirtual.edu.co

y, por qué no, soluciones, Alina se ahogaba con el penetrante aroma. No sabía si era el intenso olor o la imposibilidad de obtener el oxígeno necesario para sus pulmones, el espeso vaho le hacía sentir náuseas, o quizás era esa rabia que sentía, ese sentimiento que le oprimía constantemente el pecho, tantas veces que rechazó al gafufo de Rodolfo, tantas veces que lo dejó plantado, tantas veces que se fue con otro en sus narices. Sus labios, sin permiso, repetían una y otra vez: “¡Pero que tonta fui!, creer que su amor era incondicional, siempre me hacía la que no escuchaba cuando decía que me amaba y que haría cualquier cosa con tal de estar conmigo. Mentira... ¡vil mentiroso! De verdad que los hombres son una mierda!”. Las lágrimas de rabia corrían copiosas por su rostro, desfigurado por el odio.

Entre tanto, Berenice hacía su mejor esfuerzo con el tabaco para que Alina confiara en sus talentos de mediadora con el mundo de los espíritus. Con los años, había perfeccionado sus maneras de fumar la cachimba, para que el humo se viera en abundancia, caminaba alrededor del necesitado, blanqueaba los ojos, contorsionaba el cuerpo, imitando movimientos africanos, que había visto en la televisión, pero lo que mejor había perfeccionado era el oído, para repetir las palabras que la casa le transmitía, a través, de los sonidos producidos por los movimientos de las hojas de las plantas del jardín, al pasar entre ellas el viento. Berenice era bruja, en cada generación de su familia había una, era la quinta de cinco generaciones de brujas. En su orden: Fulvia, Candelaria, Eloísa, Petra y Berenice. Ellas eran las guardianas de la casa, una vez alcanzaban la pubertad, nunca más salían de ella. Eran las encargadas de que, cada uno de sus vivientes, cuidara y posibilitara la llegada del alimento de la casa, los necesitados de comprensión, justicia, amor y riqueza. De cuidar cada objeto que dejaban como paga de los servicios recibidos, por esa interceptación espiritual. Además era la única, al igual que sus predecesoras, que tenía bajo su dominio las llaves de la casa oscura con puertas siempre abiertas. Puertas que solo se cerraban el día en que la bruja en turno abandonaba este plano material para convertirse en parte del corazón ardiente de la casa.

“Doña Berenice, no me alcanzará la vida para pagarle mi favor. Me siento feliz, mi venganza se cumplió, el Rodolfo ese y Teresa, la que se hacía llamar mi mejor amiga. Esos traidores, recibieron su merecido. A traición se casaron lejos de aquí, pero luego de la luna de miel, cuando venían de regreso,

el avión en que venían se cayó. No me siento feliz, pero ellos tampoco lo serán". Por primera vez, Berenice vio sonreír a Alina, era realmente una mujer muy joven, bella, cuya fuerza vital era movida por el odio. "Para eso estamos, Niña", le dijo Berenice, mirándola fijamente. Alina sacó de su mochila su objeto máspreciado, una botella de cristal que había sido de su madre, lo único material que había conservado de ella y que, hasta ese entonces, no le había dado importancia. Había viajado de rincón en rincón por toda su casa, hacia donde hiciera menos estorbo, sin embargo, ese día ella sintió que cuando la tomaba en sus manos, para dejarlo encima de una mesa que le había señalado Berenice con la mano derecha, parte de ella se desprendía, suspiró profundamente y dijo: "Doña Berenice, esta botella no vale mucho. ¿No desea usted que mejor le pague con parte de la herencia que dejo mi padre? Sería más lucrativo para usted". En tono amable, pero con mirada inquisidora, Berenice le respondió: "Es lo acordado".

Alina se despidió sin decir más palabras, salió de la casa y, hasta ese entonces, fue visible para ella la cantidad de objetos que había dentro de la casa. Libros, espejos, cuadros, lámparas, sillas, muñecas, retratos y demás chucherías, que parecían hablar. Salió con el recuerdo vivo de su madre en la mente, tomó su motocicleta y se marchó sin mirar atrás. Desde la ventana, Berenice la observaba marcharse, junto a ella se encontraba su única hija, Ilona, quien miraba con curiosidad como Alina encendía la motocicleta y la ponía en marcha, imaginaba cómo sería el día que se fuera de la casa, con su corazón de antorcha, a cumplir su sueño de conocer el mundo. Mientras, Berenice observaba, con la mano derecha en el hombro de su hija y la mano izquierda a la altura del rostro, apartando con sus dedos la cortina taciturna de jackar, decía en voz baja: "Pobre niña, no sabes que parte de tu alma se quedó aquí, ojalá no te haga falta luego".

Ofrenda al río

Poema

La dama tricolor con lágrimas negras en su cara
deja partir a sus hijas.

Son ellas flores de colores,
unas marchitas, otras sin pétalos, algunas sin tallo,
pero igual, siguen siendo flores de gran belleza.

Las lágrimas y la sangre aún no le quitaron aquello
que delicadamente con pinceles de luz coloreó el sol en ellas
el primer segundo después de nacer.

Dejaron de ser frágiles
el dolor las hizo guerreras.

Un día, con barro en las uñas,
con una mezcla de sudor y sangre en su piel
sumergidos sus vientres y sus pechos en el río,
calor y lágrimas en la cara,

fueron a buscar a sus padres, madres, hermanas, hermanos, hijas, hijos
perdidos

No los hallaron...

El monstruo, el señor de la muerte con sus perros se los habían llevado.

A otros los habían usado, mordido, devorado, desmembrado, en el mismo
lugar.

Esas otras madres, esas otras hijas, esas otras hermanas

tuvieron consuelo en esos cuerpos o partes de cuerpos moldeados por la
muerte.

Pero quiénes no,
siguieron errantes, entre lágrimas, sangre, sudor, llantos, gritos y cantos
buscando a aquellos que quizás no regresen
y que nunca dejaran de esperar. Los desaparecidos.